

Mc. 1,2-8

Si no te sorprendes al leer hoy el texto de Marcos, no has leído bien. Sin ningún tipo de presentación, de golpe y porrazo, llovidas del cielo... una serie de citas del AT. Insisto, si esto te parece normal, tienes que volver a leer. ¿De dónde llega esta cita? ¿A cuento de qué? Y por si fuera poco, lo siguiente es "apareció Juan bautizando". Un hombre raro en sus vestidos, alimentación y palabras. Con lo importante que es para nosotros la apariencia de las personas, la primera imagen que nos da... Juan es llamativo.

Marcos traslada aquí su propia experiencia, leyendo el acontecimiento de Juan como a él le sucedió en otro momento de su historia. En algún momento, como de golpe o como un chasquido de dedos, comprendió que entre todas las palabras había unas que eran especiales por su origen: la Palabra que viene de Dios, su forma de hablar, su mensaje. Y allí comenzó para él una nueva historia: Dios no era mudo ni alguien que se pasa la vida escuchando, sino que Dios habla. Además, lo que Dios dice se cumple, lo cual es más serio aún. Sabemos que muchos prometen y prometen, y no pasa nada porque se olvidan. Sin embargo con Dios no es así, lo que dice se cumple. Y entonces la persona se pasa la vida esperando que algún día se cumpla esta palabra. A Marcos le ocurrió. Leyó los libros del Antiguo Testamento desde joven, y viendo a Juan se dio se percató: "Oye, lo que está escrito en el profeta, aquello de los caminos y demás... se está cumpliendo en Juan. Luego pronto llegará el Señor. Vamos a preparar el camino."

Para orar

Trae a tu memoria las personas que han sido para ti "como Juan Bautista", aquellas que te han llamado la atención por la seriedad con la que viven y por lo que te han dicho. Recuerda esas palabras que para ti han sido importantes en tu vida, las que han generado esperanza, deseos, las que te han empujado hacia delante en momentos cruciales de tu vida. Esas que has guardado con sinceridad, que sabes que te las han dicho porque te quieren. Si has tenido esa experiencia con Dios, la de que Dios habla de verdad, que no es un Dios callado, tráela a tu memoria. Haz cuenta de tus montes, que deben descender, y de tus valles, que están llamados a crecer. Deja que tu corazón no tenga recobecos, que Dios pueda entrar directamente a tu corazón. Puedes también sentirte como Juan, al servicio de la Palabra. Quizá no te hayas parado a ver, pero sí a escuchar. En qué medida descubres que Tú estás como Juan al servicio de Dios, anunciado a personas un mensaje de Amor y Libertad, de Justicia y de Paz. En qué medida quienes se acercan a ti, descubren esto.

Esta Palabra, que tenemos en el libro de Isaías, es especialmente hermosa. Es el inicio del Libro de la Consolación, el anuncio de la liberación de Israel. Dios entrará en la vida de los pueblos con rectitud y humildad. Y los hombres no deben esconderse ni en lo alto de las montañas, ni en valles profundos. Para el encuentro con Dios estamos llamados a la sinceridad, mostrándonos tal como somos, nuestra tierra, sin creernos que ante Él podremos presumir de conquistas ni tendremos valle tan hondo donde ocultarnos; tanto unos como otros son "pecados" que hemos de alejar para que Dios pase por nuestra vida. Los caminos difíciles, costosos, limitantes, se han terminado con su venida. Pero es clave estar dispuesto para su llegada, que Él nos reconozca.

Para esto ha sido llamado Juan el Bautista con su capacidad para impresionar. Algo serio debe estar a punto de ocurrir cuando habla así. Quienes se acercan para escucharlo se dan cuenta de cuántas verdades pronuncia, de lo olvidados que andan por el mundo, de lo insatisfechos que viven, de cuánto ocultan por vergüenza, del miedo que tienen de ser reconocidos o descubiertos. Escuchar a Juan abría el corazón, lo dilataba y esponjaba dejando de estar encogido y endurecido. La fragilidad de las personas, quizá aquello que les humillaba y les dolía se convertía en puerta para recuperar su dignidad. Después de entrar en el Jordán, salían renovados en sus esperanzas, volvían a sus casas dispuestos a seguir soñando y esperando. Juan, con sus rarezas y desvaríos, con su radicalidad y fortaleza, no les pisaba ni les arruinaba. La verdad, con amor, les había hecho libres de nuevo.

Juan no es más que uno de tantos hombres valientes, con la peculiaridad de su fe y su carisma profético. Su fe porque sin ver, confiaba plenamente en que iba a llegar el que era más que él. Su fe porque movía montañas con su palabra, las montañas y valles de quienes le escucharon. Y su carisma porque es el último de los profetas del Antiguo Testamento, el último de los profetas que servían a la Palabra de Dios. Desde Juan, el profeta sirve a una Palabra Encarnada y que ha sido vista, pero él sólo escuchaba sin ver. Su misión es crucial: disponer para que cuando Dios llegue, los hombres no estén vacíos de palabra.

Por último, resaltar las últimas palabras. Juan no se ve a sí mismo como un donnadie, como si tuviese falta de autoestima o no hubiese descubierto el sentido que tenía su vida. Eso a Juan no se le pasó nunca por la cabeza, más bien lo contrario. Él conocía su importancia, la responsabilidad que tenía con Dios y con los demás, y en algún momento de su vida decidió con entereza y autenticidad arriesgar todo cuanto era y tenía en su vocación profética. La medida de la grandeza de Juan nos la da precisamente que se sabe pequeño "ante Dios", y ante el "Amor" que Dios le tiene. Está claro: muchos pueden conocer de oídas la Misericordia de Dios, que Dios es bueno... pero hasta que no se pare y descubra lo que Dios "me" ha perdonado (en primera persona), hasta que no tenga la experiencia de mirar a su alrededor y ver el mundo roto y comprobar el empeño de Dios por la historia de cada hombre y de cada pueblo... hasta entonces, seguirá siendo de oídas. Y Juan lo vivía en primera persona y además, con el privilegio de ver lo que Dios hacía en otros. Conocía no sólo que el mundo debía cambiar, era sabedor y testimonio de que era posible. Lo que le falta al mundo era potencia, pilas, energía... y llega "Aquel a quien no merecemos desatarle la correa de las sandalias", "Aquel que como signo de amor nos desata las sandalias y nos lava los pies, Aquel que se entrega por nosotros porque era la única manera de romper y desatar las cadenas de nuestro corazón". Juan sabe cuánto vale su vida y lo inmensa y rica que es, porque es de Dios y suya, de los dos y de ninguno por separado.

